

Dom
10 Abr

Homilía de V Domingo de Cuaresma

Año litúrgico 2010 - 2011 - (Ciclo A)

“Yo soy la resurrección y la vida”

Introducción

Estamos concluyendo la cuaresma. Cuando la iniciamos, el miércoles de ceniza, se nos invitó a la conversión, al cambio: “Conviértete y cree en el evangelio”. Conversión que se identifica con morir a determinados aspectos de nuestra existencia, para comenzar a vivir de una forma nueva donde aparezcan los signos de algo diferente, fruto del espíritu que habita en nosotros. Finalizamos ese tiempo de muerte para “ir resucitando” a un tiempo nuevo, caracterizado por una vida que viene con la resurrección de Jesucristo.

Como todo camino que se acerca a su final, es momento de dirigir la mirada hacia atrás, para contemplar el trecho recorrido, los aciertos y desaciertos con los que se ha ido tejiendo la andadura; por eso es tiempo, también, de ir rematando adecuadamente nuestra conversión. Ya se vislumbra en el horizonte la luz de la Pascua que ha sido el motivo que ha demandado de nosotros todo este esfuerzo de conversión.

Desde esa mirada hacia atrás y hacia delante parece que la liturgia de este domingo está construida con temas complementarios y contrapuestos: muerte-vida, carne-espíritu, adhesión a Jesús-rechazo de Jesús. En todo queda claro el deseo de Dios de hacer de nosotros un pueblo nuevo que, dejando atrás todo lo perecedero –todo lo que lleva el sello de la muerte, los sepulcros– se vaya rehaciendo con el sello de la vida que viene del Espíritu. La vida, unida siempre a la resurrección, en contraposición a la muerte, tiene una presencia destacada en las lecturas de este domingo. Todo ello nos adelanta la realidad de lo que será el culmen de la Semana Santa: la resurrección de Jesús.



Fray Salustiano Mateos Gómara O.P.
Convento de San Pablo y San Gregorio (Valladolid)

Lecturas

Primera lectura

Lectura de la profecía de Ezequiel 37, 12-14

Esto dice el Señor Dios: «Yo mismo abriré vuestros sepulcros, y os sacaré de ellos, pueblo mío, y os llevaré a la tierra de Israel. Y cuando abra vuestros sepulcros y os saque de ellos, pueblo mío, comprenderéis que soy el Señor. Pondré mi espíritu en vosotros y viviréis; os estableceré en vuestra tierra y comprenderéis que yo, el Señor, lo digo y lo hago —oráculo del Señor—».

Salmo

Salmo 129, 1-2. 3-4ab. 4c-6. 7-8 R/. Del Señor viene la misericordia, la redención copiosa

Desde lo hondo a ti grito, Señor; Señor, escucha mi voz, estén tus oídos atentos a la voz de mi súplica. R/. Si llevas cuentas de los delitos, Señor, ¿quién podrá resistir? Pero de ti procede el perdón, y así infundes respeto. R/. Mi alma espera en el Señor, espera en su palabra; mi alma aguarda al Señor, más que el centinela la aurora. Aguarde Israel al Señor, como el centinela la aurora. R/. Porque del Señor viene la misericordia, la redención copiosa; y él redimirá a Israel de todos sus delitos. R/.

Segunda lectura

Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los Romanos 8, 8-11

Hermanos: Los que viven sujetos a la carne no pueden agradar a Dios. Pero vosotros no estáis sujetos a la carne, sino al espíritu, ya que el Espíritu de Dios habita en vosotros. El que no tiene el Espíritu de Cristo no es de Cristo. Pues bien, si Cristo está en vosotros, el cuerpo está muerto por el pecado, pero el espíritu vive por la justificación obtenida. Si el Espíritu del que resucitó a Jesús de entre los muertos habita en vosotros, el que resucitó de entre los muertos a Cristo Jesús vivificará también vuestros cuerpos mortales, por el mismo Espíritu que habita en vosotros.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Juan 11, 3-7. 17. 20-27. 33-45

En aquel tiempo, las hermanas de Lázaro le mandaron recado a Jesús diciendo: «Señor, el que tú amas está enfermo». Jesús, al oírlo, dijo: «Esta enfermedad no es para la muerte, sino que servirá para la gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella». Jesús amaba a Marta, a su hermana y a Lázaro. Cuando se enteró de que estaba enfermo se quedó todavía dos días donde estaba. Solo entonces dijo a sus discípulos: «Vamos otra vez a Judea». Cuando

Jesús llegó, Lázaro llevaba ya cuatro días enterrado. Cuando Marta se enteró de que llegaba Jesús, salió a su encuentro, mientras María se quedó en casa. Y dijo Marta a Jesús: «Señor, si hubieras estado aquí no habría muerto mi hermano. Pero aún ahora sé que todo lo que pidas a Dios, Dios te lo concederá». Jesús le dijo: «Tu hermano resucitará». Marta respondió: «Sé que resucitará en la resurrección en el último día». Jesús le dijo: «Yo soy la resurrección y la vida: el que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá; y el que está vivo y cree en mí, no morirá para siempre. ¿Crees esto?». Ella le contestó: «Sí, Señor: yo creo que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios, el que tenía que venir al mundo». Jesús se conmovió en su espíritu, se estremeció y preguntó: «¿Dónde lo habéis enterrado?». Le contestaron: «Señor, ven a verlo». Jesús se echó a llorar. Los judíos comentaban: «¡Cómo lo quería!». Pero algunos dijeron: «Y uno que le ha abierto los ojos a un ciego, ¿no podía haber impedido que este muriera?». Jesús, conmovido de nuevo en su interior, llegó a la tumba. Era una cavidad cubierta con una losa. Dijo Jesús: «Quitad la losa». Marta, la hermana del muerto, le dijo: «Señor, ya huele mal porque lleva cuatro días». Jesús le replicó: «¿No te he dicho que si crees verás la gloria de Dios?». Entonces quitaron la losa. Jesús, levantando los ojos a lo alto, dijo: «Padre, te doy gracias porque me has escuchado; yo sé que tú me escuchas siempre; pero lo digo por la gente que me rodea, para que crean que tú me has enviado». Y dicho esto, gritó con voz potente: «Lázaro, sal afuera». El muerto salió, los pies y las manos atados con vendas, y la cara envuelta en un sudario. Jesús les dijo: «Desatadlo y dejadlo andar». Y muchos judíos que habían venido a casa de María, al ver lo que había hecho Jesús, creyeron en él.

Pautas para la homilía

“Jesús amaba a Marta, a su hermana y a Lázaro...”

El pasaje evangélico que hoy nos ocupa, es un relato muy bien diseñado y un dibujo muy claro de la humanidad de Jesús. Está construido en forma de diálogo familiar con Marta, la hermana de Lázaro, donde, con pequeñas pinceladas, va quedando patente la tristeza y el desconcierto ante la muerte, pero, al mismo tiempo, reflejando un ambiente de confianza y amistad que sirve para dejar patente otros aspectos humanos de Jesús, especialmente sus sentimientos: Jesús amaba a Marta, a su hermana y a Lázaro... Jesús sollozó... Sollozando de nuevo...

“Yo soy la resurrección y la vida...”

De forma gradual nos va acercando al hecho central de la resurrección de Lázaro, donde se explicita que Jesús, no solo es la vida, sino que es dador de vida. El tema de Jesús dador de vida, es recurrente en el evangelista Juan. Completa así la simbología de los tres domingos anteriores: el agua, la luz; hoy, la vida. Dar vida es la finalidad de su presencia en el mundo. Así lo manifiesta Jesús en el evangelio de Juan: “He venido para que tengan vida y vida abundante” (Jn.10,10). De esa forma queda claro que, con Jesús, la muerte no tiene ninguna fuerza, ya que Él ha venido a derrotarla. Es lo que ha ido quedando claro en su caminar por Palestina donde la muerte ha sido derribada de muchas maneras: las curaciones de todo tipo, el rescate de un pecador público como Zaqueo, el perdón a la mujer adúltera, la acogida a cuantos son marginados y despreciados en la sociedad... en todos ellos Jesús va dando respuesta a la necesidad de vida de la gente. En esa respuesta, la muerte ya está siendo derrotada.

“Si hubieras estado aquí...”

Como en otras ocasiones, para llegar a esa certeza, -Jesús dador de vida y destructor de la muerte-, ha sido necesario ir desbrozando el camino a través del diálogo con Marta. Tras ese diálogo surge con naturalidad la confesión en su condición mesiánica, quedando clara su misión sanadora-salvadora. El camino de la fe es camino de confianza, donde el hombre expresa sus convicciones en ese diálogo-oración con el autor de la vida. Ahí quedan expuestos los claroscuros que conforman nuestra existencia: nuestros deseos más hondos, también nuestras necesidades. Y es en ese diálogo donde cabe todo lo que conforma la vida de las personas. Es ahí donde surge la confianza hecha expresión en la fe que manifiesta Marta en la conversación con Jesús. La añoranza del “si hubieras estado aquí”, se complementa con la seguridad del “sé que todo lo que pidas a Dios, Dios te lo concederá”.

“Os infundiré mi espíritu y viviréis...”

Si algo queda claro en la historia de Israel es que Dios es siempre fuente de vida. Es lo que nos ha recordado Ezequiel en la primera lectura. El profeta ve al pueblo en situación de muerte, simbolizada en esta expresión: un montón de huesos. Parece que todo se ha terminado, ya no hay esperanza. Y ahí aparece la voz vivificadora de Dios “Yo abriré vuestras tumbas y os sacaré de ellas... Os infundiré mi espíritu y viviréis”. Dios no es Dios de muertos sino de vivos. Él es el único que puede hacer volver a la vida todo aquello que ha ido muriendo por desidia o maldad del hombre.

Es lo que hace Jesús: devolver la vida a Lázaro. ¿Para qué? Para ayudar a los hombres a creer. Así lo manifiesta en su oración al Padre: “yo sé que tú me escuchas siempre; lo digo por la gente que me rodea para que crean que tú me has enviado... Al ver lo que había hecho Jesús, muchos creyeron en Él”. Los milagros-signos de Jesús nos trasladan siempre a otra realidad más amplia y más profunda: su condición de Mesías, Hijo de Dios, a cuyo conocimiento y gloria dirige él todo su obrar entre los hombres.

“Pero el espíritu vive por la justicia”

Miremos nuestra propia realidad. El agua del bautismo puso en cada uno de nosotros la semilla de una vida que no se circunscribe a esta realidad terrena; es una vida más rica que la simple vida biológica. Y ese Espíritu que recibimos nos fue dado como fuerza, energía, para vivir de una forma determinada: la de los seguidores de Jesús, de modo que nuestra existencia, como la suya, sea para gloria de ese Padre que está en los cielos. Una gloria que no se expresa solo en simples palabras, sino en hechos, signos, que extienden la semilla de vida. “Si Cristo está en vosotros, el cuerpo está muerto por el pecado, pero el espíritu vive por la justicia”, nos ha recordado Pablo en la carta a los romanos. Somos seguidores, discípulos de Jesús, el dador y defensor de la vida. Participamos de su misión. Se nos ha dado un espíritu que ha de vivir por la justicia. Frente a un mundo que promueve la muerte a través del individualismo, con sus múltiples ramificaciones, y que se solapa en actitudes más o menos justificadas, nos corresponde marcar las diferencias de diversas maneras. El grito de Jesús, a cada uno, es a salir fuera, a alejarnos de esa muerte que va arrollando todo a su alrededor sembrando división, indiferencia, egoísmo. Y es esa muerte, cuya presencia podemos detectar en muchos aspectos de nuestra sociedad actual, la que está demandando nuestra reacción en la misma línea de Jesús. Ante la muerte Jesús se sintió concernido y comprometido, rechazando su fuerza y poniendo en su lugar signos claros de vida. Esa presencia de la muerte puede y debe encontrar en nosotros, no solo denuncia, sino antídoto que impida que se incruste en nosotros para convertirnos en sus servidores. Como Jesús, hemos de

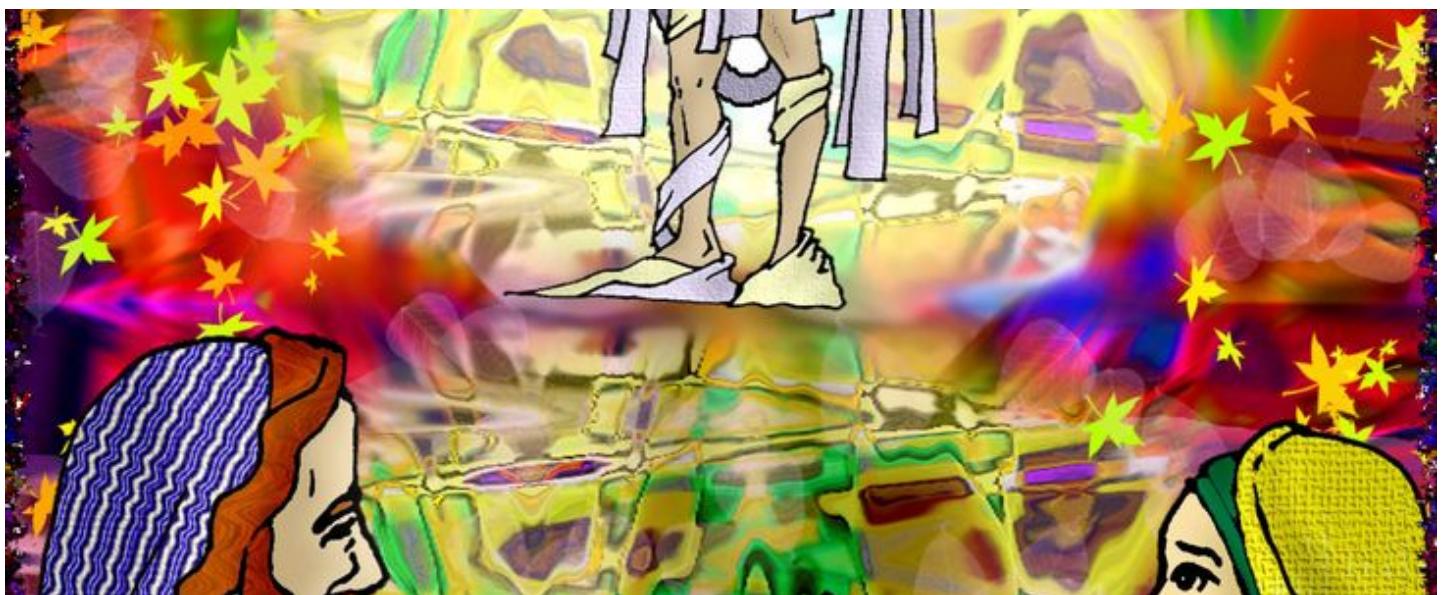
dar vida y alentar los signos de su presencia. La vida que Jesús trae, tiene que extenderse en actitudes claras por parte de quienes nos congregamos cada domingo para confesar que Él está en medio de nosotros alentando nuestro caminar entre los hombres. No estamos aquí sólo para luchar contra la muerte; estamos, más bien, para expresar que su vida es nuestra vida, su compromiso es nuestro compromiso; por eso, su lucha por la vida sigue siendo, también hoy, nuestra lucha. En esa actitud tiene sentido todo lo que celebramos y que se nutre en la recepción del pan y la palabra, signos claros de una vida compartida y a compartir.



Fray Salustiano Mateos Gómara O.P.
Convento de San Pablo y San Gregorio (Valladolid)

Evangelio para niños

V Domingo de Cuaresma - 10 de abril de 2011



Resurrección de Lázaro

Juan 11, 1-45

Descarga la imagen en el tamaño que quieras: [Normal](#) [Grande](#)

Evangelio

En aquel tiempo, las hermanas de Lázaro le mandaron recado a Jesús, diciendo: - Señor tu amigo está enfermo. Jesús al oírlo dijo: - Esta enfermedad no acabará en la muerte, sino que servirá para gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella. Jesús amaba a Marta, a su hermana y a Lázaro. Cuando se enteró de que estaba enfermo, se quedó todavía dos días en donde estaba. Sólo entonces dice a sus discípulos: - Vamos otra vez a Judea. Cuando Jesús llegó, Lázaro llevaba ya cuatro días enterrado. Cuando Marta se enteró de que llegaba Jesús, salió a su encuentro, mientras María se quedaba en casa. Y dijo Marta a Jesús: - Señor si hubieras estado aquí, no habría muerto mi hermano. Pero aún ahora sé que todo lo que pidas a Dios, Dios te lo concederá. Jesús le dijo: - Tu hermano resucitará. Marta respondió: Sé que resucitará en la resurrección del último día. Jesús le dice: - Yo soy la resurrección y la vida: el que cree en mí, aunque haya muerto vivirá; y el que vive y cree en mí, no morirá para siempre. ¿Crees esto? Ella le contestó: - Si, Señor: yo creo que tu eres el Mesías, el Hijo de Dios, el que tenía que venir al mundo. Jesús muy conmovido preguntó: - ¿Dónde lo habéis enterrado? Le contestaron: - Señor, ven a verlo. Jesús se echo a llorar. Los judíos comentaban: - ¡Cómo lo quería! Pero algunos dijeron: - Y uno que le ha abierto los ojos a un ciego, ¿no podía haber impedido que muriera éste? Jesús sollozando de nuevo, llegó a la tumba (Era una cavidad cubierta con una losa.) Dijo Jesús: - Quitar la losa Marta, la hermana del muerto, le dijo: - Señor, ya huele mal, porque lleva cuatro días. Jesús le dijo: - ¿No te he dicho que, si crees, verás la gloria de Dios? Entonces quitaron la losa, Jesús, levantando los ojos a lo alto dijo: - Padre, te doy gracias porque me has escuchado; yo sé que tú me escuchas siempre; pero lo digo por la gente que me rodea para que crean que tú me has enviado. Y dicho esto, gritó con voz potente: - Lázaro, ven afuera. El muerto salió, los pies y las manos atados con vendas, y la cara envuelta en un sudario. Jesús les dijo: - Desatadlo y dejadlo andar. Y muchos judíos que habían venido a casa de María al ver lo que había hecho Jesús, creyeron en él.

Explicación

Hoy vemos como gracias a Jesús se da la victoria de la vida sobre la muerte. Jesús recibe el recado de que su amigo Lázaro está enfermo y dos días después va a verlo, pero cuando llegó ya había muerto hacia cuatro días. Jesús, que lo quería mucho fue llorando, con Marta la hermana de Lázaro hasta la tumba. Entonces oro al Padre dándole gracias y después grito: ¡Lázaro ven afuera! Y Lázaro resucitó.

Evangelio dialogado

Te ofrecemos una versión del Evangelio del domingo en forma de diálogo, que puede utilizarse para una lectura dramatizada.

QUINTO DOMINGO DE CUARESMA – “A”(Jn. 11, 1-45)

NARRADOR: En aquel tiempo las hermanas Marta y María le mandaron a Jesús diciendo: Tu amigo Lázaro está muy enfermo.

JESÚS: Esta enfermedad no acabará con la muerte. Servirá para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella.

NARRADOR: Jesús amaba a Marta, a su hermana y a Lázaro, pero se quedó todavía dos días en donde estaba, terminando lo que tenía que hacer. Sólo después se encaminó hacia Judea. Y les dijo a los discípulos:

JESÚS: Lázaro, nuestro amigo, está dormido: voy a despertarlo.

DISCÍPULO: Señor, si duerme, se salvará, se pondrá bien.

JESÚS: Lázaro ha muerto. Ahora vamos a su casa, y me alegro que me acompañéis, para que veáis el poder de Dios y creáis.

NARRADOR: Cuando llegó Jesús, Lázaro llevaba cuatro días enterrado.

MARÍA: ¡Maestro, Maestro! ¿Cómo no has venido antes?

MARTA: Si hubieras estado aquí, ahora estaría vivo, no le habrías dejado que muriera. Pero yo sé que todo lo que pidas a Dios, Dios te lo concederá.

JESÚS: Tu hermano resucitará.

MARTA: Sé que resucitará en la resurrección del último día.

JESÚS: Yo soy la resurrección y la vida. El que cree en mí, aunque haya muerto vivirá; y el que está vivo y cree en mí, no morirá para siempre. ¿Crees tú esto?

MARTA: Sí, Señor. Yo creo que tú eres el Mesías, el Hijo de Dios. El que tenía que venir al mundo.

JESÚS: ¿Dónde le habéis enterrado?

MARÍA: Aquí cerca. Ven a verlo.

NARRADOR: Jesús se echó a llorar, y la gente comentaba: ¡cómo le quería! Otros murmuraban: ¿no podía haber impedido que muriera éste? Jesús sollozando llegó a la tumba y dijo:

JESÚS: ¡Quitad la losa!

MARTA: Señor, huele mal. Lleva ahí cuatro días.

JESÚS: ¿No te he dicho que si crees, verás la gloria de Dios?

NARRADOR: Los judíos se dispusieron a quitar la losa. Jesús, ante el pueblo, levantó los brazos al Cielo en oración:

JESÚS: Padre, te doy gracias porque me has escuchado. Yo sé que Tú me escuchas siempre, pero lo digo por la gente que me rodea, para que crean que Tú me has enviado.

NARRADOR: Y dicho esto, gritó con voz potente:

JESÚS: ¡Lázaro...! ¡Sal fuera!

NARRADOR: El muerto salió, los pies y las manos atados con vendas, y la cara envuelta en un sudario.

JESÚS: Desatadlo y dejadle andar.

NARRADOR: Y muchos judíos que habían venido a casa de María, al ver lo que había hecho Jesús, creyeron en Él.

Textos: Fr. Emilio Díez y Fr. Javier Espinosa

Dibujos: Fr. Félix Hernández